

Pulpitos mil Pablos, si se admiran millares de Doctores en los libros, gloria es de Domingo, que los adestrò à obras tan bellas. Si los Ubertos de Viena, si los Sanchos de Portugal, si los Robertos de Sajonia, si las Margaritas de Saboya, y Ungria fueron à transplantar los Cetros Reales en los claustros, gloria es de Domingo, que los guiò por las asperas sendas de la penitencia. Si su Religion ha ceñido quatro veces su frente con la Tiara, si ha trocado setenta veces su manto con la Purpura, si ha empuñado mas de mil Báculos, gloria es de Domingo, que les cultivò sus talentos, y sus virtudes para hacerlos capaces de tanto honor. Su zelo transferido al corazon de sus hijos, serà siempre el gozo de la Iglesia, y del esterà llena toda la tierra. Italia por el fervor de San Pedro Martir, y por la literatura, y egemplo del gran Thomàs. España por los dos rayos de su Apostolado, Vicente, y Raymundo. El Septentrion por los prodigios de Jacinto. La America por la predicacion de Beltran. En suma toda la tierra publica la grandeza de Domingo, dejandose ver regada con los preciosos sudores de mil Apostoles, adornada con los lirios fragantes de tantas Virgines, amassada con la sangre de millares de Martires. Goze enhorabuena, pues, su Ilustrissima Religion la ventaja de tener un Padre, que dejandoles su espiritu, los ha honrado juntamente con la confianza de constituirlos Querubines custodios de la Santa Iglesia. Gozad Santo mio de tanta gloria. Derramad vuestras luces sobre nuestras tinieblas. Comunicadnos algunas centellas de vuestro fuego. Contadme, Padre mio amantissimo, en el numero de vuestros hijos. Velad Vos, y Francisco desde el Cielo sobre ambas Religiones. Mantenedlas unidas para gloria universal de la Iglesia, y ruina de la Heregia. Inspirad en el corazon de todos vuestros hijos unos sentimientos saludables, y llenadlos à todos de vuestras bendiciones.

SERMON

DE SANTA CLARA VIRGEN.

SIMILE EST REGNUM Cælorum decem Virginibus, &c. Matth. 25.



Mala hora llegais, si os trae el deseo de saber quales fuesen las virtudes, y el merito de la purissima Virgen Santa Clara. Desgraciados sois viniendo este dia con el animo de avivar vuestra devocion, recibiendo una informacion tan cierta, como abundante, de quanto obrò esta esclarecida Virgen. Para satisfacer vuestros deseos, y llenar vuestras esperanzas, era menester compareciesse oy en este Pulpito, no menos, que todo un S. Francisco de Assis. Si, Señores, que otro que Geronimo no es capaz de instruirnos quien fuesse Santa Paula. San Francisco, pues, que tratò à Clara tan estrechamente, como à Paula Geronimo, podia solamente deciros, qual haya sido el candor purissimo de Clara. Francisco solo podia pintar à lo natural una Imagen fuya, supuesto que viò la condicion apacible, y las admirables virtudes del Original. Yo no puedo menos de persuadirme, que si San Francisco se dejasse oir, diria desta hija de su espiritu, que fue una criatura amable, y acepta à todos por su inocencia, noble por el esplendor illustre de su cuna, rica por los tesoros inestimables de sus virtudes, fecunda por la propagacion dichosa de su Instituto, hermosa por la diversidad admirable de sus gracias. El formaria una Imagen tan bella de Santa Clara, que arrebataria vuestros corazones, y vuestros ojos. Dichosos vosotros si mereciesseis oirle,

y dichoso yo si San Francisco admitiessa la cession, que le hago con gusto deste lugar. Pero si es fuerza haya de ser yo el Orador en este dia, quiero convertirme à lo que primero me lleva la atencion, y debe ser el primer blanco de nuestros deseos, y de nuestro amor. La asistencia de esse Soberano Sacramento à nuestra solemnidad la considero yo como debida al merito de la insigne Virgen Santa Clara. Quien no vè, que el Dueño Soberano desse Altar atraido de la fragancia de tanta virginal flor, se traslada desde el Cielo à este mistico desierto? Quien no advierte, que para el logro de sus amantes delicias, baja como Cordero à aparentarse entre azucenas? Oy sale este amante disfrazado, pero ardiendo en llamas de fino, à celebrar divinas bodas con la Esposa mas amada, con la noble despreciadora de todos los intereses, y delicias de la tierra, con la triunfadora del mundo, y su vanidad, con la ilustre, rica, hermosa Clara, cuyo candor, y virginal pureza le mereció los mas puros agrados del Divino Esposo Jesus: *Exierunt obviam Sponso, &c.* Este diò mano de Esposo à la gran Virgen Santa Clara, porque la reconoció una de las cinco Virgenes prudentes del Evangelio, cuya lampara ardió, sin padecer desmayos, toda la noche de la vida presente, porque nunca le faltó el suavissimo oleo de las buenas obras. Clara, pues, fue à titulo de Virgen, Esposa digna de Jesus, pero tuvo su virginidad una ventaja, que à nuestra Santa llenó de gloria, y à vosotros os causará no pequeño gozo, si yo acierto à manifestarla tan ilustre, y grande como ella es. De mucha gracia necesito. Ayudadme à hacer el recurso à la Virgen Madre, de quien la espero, obligandola con la Oracion acostumbrada: AVE MARIA.

Simile est Regnum Caelorum, &c. Matth. cap. 25.

Fue desvario de Euripides querer traer à question: si era mas dichosa la esterilidad, que la fecundidad. Oponga Euripides quanto quiera las angustias, que à Agar le ocasionó su hijo Ismael, las lagrimas que hizo correr de los ojos de Autolia la noticia de la muerte de su hijo Ulises en la batalla de Troya, (1) la rabiosa muerte à que indujo à Gordiano el temprano fallecimiento de su hijo, y aun la misma muerte, que hizo dar à Cosroes, su ingratisimo hijo Siroes. Todo esto junto es capaz por ventura de hacer amargo el gozo, que trae consigo la fecundidad? A cada hijo, que hace triste la vida de su padre, hay ciento, que la hacen gustosa, y deleitable. Salomon fue el gozo, y la alegria de David. Y Cornelia Matrona Romana recibia tanto placer de sus hijos, que llanamente confessaba, reconocia en cada uno dellos un tesoro. Finalmente, si la esterilidad debiera preferirse à la fecundidad, era preciso condenar todos los votos, todas las lagrimas, y quantos afectuosos suspiros le costó à Ana el fruto, que alcanzó del Cielo, en su hijo Samuel. Era necessario convenir en que fue una demencia de Raquel pedir hijos à su Esposo Jacob con tanto empeño, que de no haverlos, temió le estuviessa à costa la vida. Era forzoso decir, que fueron reprehensibles quantos llevaron con tristeza la esterilidad, queriendo hacer fuerza al mismo Cielo con sus su-misiones, y ruegos, para verse libres de esta, que ellos reputaban afrenta. Ahora, pues, Señores, si tan estimable es la fecundidad, dejo yo à vosotros, que consideréis, quan gloriosa será aquella Madre, que adquiere el gozo de fecunda, pero manteniendo siempre el honor de Virgen? Yo sè, que en solo un Arbol se han visto hasta ahora juntas las flores mas her-

(1) Pauler. Serm. Dom. inf. oct. Nativ. Domini.

hermosas, con los frutos mas sazonados, y de mejor gusto. Quiero decir (hablemos fuera de metáforas) que en sola la Virgen Maria, como nos enseña la Fè, se unieron la virginidad mas pura, y la maternidad segun la carne, como la Iglesia tiene definido contra los inmundísimos Helvidio, Apolinar, y Joviniano. Este es uno de los grandes Misterios, que adora la Iglesia: la virginidad, y la maternidad juntas en una persona. Una Doncella, que concibe en sus castas entrañas, pero sin detrimento de su entereza. Gracias à San Ildefonso, que tan dichosamente triunfò de quantos obstinadamente le combatian este privilegio à Maria. Gracias à la Iglesia Santa, que nos ha hecho desta verdad un Misterio adorable. San Bernardo considera esta maravilla como un privilegio tan singular de la Virgen, como no concedido à otra, hasta entonces, ni despues: *Unum est*, dice el Santo, *in quo nec primam similem visa est, nec habere sequentem:* (1) *gaudia Matris habens cum virginitatis honore.* Y en efeto, ninguna puede gloriarse como Maria nuestra Señora, de ser à un mismo tiempo Virgen, y Madre segun la carne. Pero en atencion à que la Santa Iglesia por aquella tal qual semejanza, que reconoce, intitula à Santa Clara, vestigio, ò huella de la Madre de Christo: *Matris Christi vestigium*, (2) me ha parecido à mi, que no serà elogio impropio de nuestra Santa, predicarla Virgen, y fecunda: *Gaudia Matris habens cum virginitatis honore.* Maria Santísima, y Santa Clara, virgenes ambas, aunque de un precio incomparablemente mayor la virginal entereza de Maria, que la de Clara: ambas fecundas, pero Maria fecunda segun la carne, Clara fecunda solo segun el espíritu. No obstante, creo havrè hecho quanto puedo en gloria de nuestra Santa, si llego à haceros conocer, convenirle en cierta manera aquella alabanza sublime dada à la Virgen nuestra Señora por San Bernardo, quando dijo: *Gau-*

dia

(1) S. Bern. Serm. de Assum. 4. circ. med. (2) Eccl. in offic. S. Clar.

dia Matris habens cum virginitatis honore. Por tanto, veis aquí todo el asunto: Santa Clara mantiene el honor de Virgen, junto con el gozo de Madre. Ojala lo sepa yo llenar de manera, que queden igualmente satisfechas vuestras esperanzas, y mis deseos.

¶

Todos saben, que fue Virgen Santa Clara, como tal todos la veneran, pero quien hay, que considere de proposito à quanta costa le estuvo mantenerse Virgen? Ella no fue Virgen por necesidad, lo fue por eleccion. El mundo no hizo oposicion à sus desposorios, le brindaba con ventajosas bodas. La dorada cuna de su nacimiento, la ilustre sangre que corria por sus venas, las riquezas abundantes de sus Padres, los regalos de su mesa, la edad florida de diez y seis años, la magestad ayrosa de su persona, la afabilidad dulce de su trato, el arreglamiento de sus costumbres, la belleza de su rostro, y la prudencia de su alma, cautivando los corazones de quantos la miraban, eran otras tantas baterias contra sus propósitos de conservarse Virgen. Era joven, hermosa, noble, rica. Se deja entender con quanto empeño sollicitaria la juventud de Afsis la mano de Clara, en quien reconocian tan amables prendas, y todas de tanta estimacion, que no sabian à qual dar la preferencia. En el verde Abril de sus años, en su decente ornato, en su calidad, en su hermosura, huviera sido reconocida una Helena Griega, si tan bellos dotes no se vieran en Clara acompañados de la honestidad, de la compostura, de la modestia. Todos los aplausos, todas las voces, todas las alabanzas se daban à Clara, como à azucena la mas pura, y candida, que florecia en el jardin delicioso de la Ciudad de Afsis. La juventud le ofrecia liberal, y gustosa sus servicios, y dichoso el mancebo, aunque de la primera nobleza, si por ventura alcan-

canzaba de Clara, què digo un precepto? una mirada. Cada uno de quantos tenian en ella puestos sus ojos, la consideraba capaz de hacer dichosa una parentela, con solo alargar la mano de Esposa. Aora, pues, yo no dudo, que Clara viendose tan favorecida de la naturaleza, tan agafajada de la humana felicidad, y por otra parte, en una edad tan propia para dejarse llevar del amor al mundo, tuviese mucho que vencer para resolverse à renunciar aquellos placeres, que podia gozar aun con seguridad de conciencia. Porque quièn no sabe, Señores, que el mundo por mas que sea vano, desleal, engañador, tiene no obstante ciertas apariencias agradables, con las quales se hace amar de la juventud? Una edad temprana, por mas que sea sostenida con los apoyos de la razon, apenas puede contenerse sin amar la imagen del mundo, que le pinta el pensamiento con los colores mas capaces de enamorar. No se determina à creer, que todà su beldad es aparente, la reputa por verdadera, y no le pesa de su engaño. Por mas que le hablen al oido todos los sabios, no sabe deponer el amor, y la estimacion. Mantiene en el alma una inteligencia secreta con el mundo, que dificultosamente puede romperla. Le hablan à favor de los aparentes bienes todos los sentidos. Ella los oye con gusto, y cree sus falsos informes, como deposiciones libres de sospecha. En suma: este idolo del mundo tiene una fuerza tan imperiosa sobre el espiritu de la juventud, que no obstante de ser descreditado de tantas lenguas, de tantas plumas, y aun de todas las luces de la razon, y de la Fè, mira sin embargo al rededor de si una multitud exorbitante de infelices adoradores, que con afrenta de la Religion, le inclinan la cabeza, y le doblan la rodilla.

Y si esto es así, no os parece à vosotros, Señores, havia Clara de menester todas las luces del desengaño, y todos los socorros de la gracia, para resolverse à :: pero à què? à què preguntais? A trocar los pomposos vestidos por un abi-

to despreciable, los honores de noble, por las humildes ocupaciones de sierva, las tiernas caricias de sus Padres, por la soledad del Claustro, los melindres de Señora, por el rigor de penitente, el esplendor de su familia, por la obscuridad del abatimiento. Creereis, Señores, que para cortar de un golpe tantas cabezas à esta hidra del mundo, no era necesaria la espada de Goliath, sostenida de todo un brazo de David? No os parece necesitaba de un corage grande, de una animosidad generosa, para resolverse à bolver las espaldas al mundo, y despreciar todas sus promessas, à pesar de una edad tan florida, como de diez y seis años? Confieso, Señores, que de mucho necesitaba Clara para una resolucion de tanto animo, pero nada le faltò para una empresa, que considerada en una tierna, y delicada Doncella, dudo pueda concebirse otra de igual valor. Ella vivia en el figlo hecha la delicia, y gozo de sus Padres, mirada como amado centro de sus esperanzas, de sus pensamientos, de sus afectos. Possèia una alma toda de oro, por el precio de sus virtudes, llena de pensamientos devotos, ilustrada de luces celestiales, abundante de soberanos discursos. Mantenìa un tenor de vida tan angelica, que era egemplo, y admiracion de los domesticos, quienes no sabian bastantemente dar la estimacion, que quisieran, à una virtud tan madura, en tan verdes años. Mas què inferireis de aqui? que ella no debiese temer de si misma? que creyese no deber huir? que pensase conservar el candor purissimo entre tantos embarazos como ofrece el mundo para perderlo? que no debia volar al desierto à quitar de los ojos robadores del mundo el tesoro incomparable de sus virtudes? Os engañais, Señores, no inferis bien. Perdonadme si os digo, que semejante consecuencia no os supone instruidos en la logica del Cielo. Yo me confessaria reo de una injusticia hecha al merito de nuestra Santa, sino la considerasse semejante en su prudente cautela, à aquella Señora de quien se hace la pintura en el duode-

decimo del Apocalipsis. Todo que el Sol se huviesse desnudado de su regio manto para vestirla: *Mulier amicta Sole.* (1) Aunque la Luna, simbolo de la inconstancia, le cediesse toda su plata para formarle su calzado: *Luna sub pedibus ejus.* Mostrandola con este enigma superior à las mudanzas, que nosotros experimentamos tan frequentes. Por mas que ella ciña su frente con corona de Estrellas: *Et in capite ejus corona Stellarum*, señal bien cierto, de que Dios comenzaba à remunerarla en la tierra, con una especie de participacion de su Gloria. No obstante, pues, de mirarse esta Señora colocada en un Monte tan eminente de una santidad tan heroica, no cree facilmente hallar lugar para su seguridad en el comercio del mundo. Es menester para conservarse, que Dios la arrebatte, y le señale un asilo en la soledad, à donde deba correr à ponerse en salvo: *Et Mulier fugit in solitudinem, ubi habebat locum paratum à Deo.* (2)

Asi la muger famosa del Apocalipsi, y de la misma manera nuestra Clara. Consideraba mal seguro en medio del siglo el tesoro de sus virtudes, especialmente su virginal candor, de quien reconocia tantos enemigos, como juvenes Cavalleros pretendientes de su belleza, y aun à su mismo Padre, que ya empezaba à hablarle de desposorios. Temerosa Clara de perder la joya de su mayor estima, trata sacarla del mundo, y colocarla en el Gizoñilacio dichoso de la soledad. A usanza de los Spartos, emprende hacer guerra al mundo, y para vencerlo, no viene con èl à las manos, sino que le buelve las espaldas. No lo acomete, sino que le huye. No espera sus golpes, antes bien rehufa la batalla, enseñada ya del Maximo Doctor, (3) que en las batallas con la sensualidad, es mayor victoria huir para no ser vencido, que ser vencido por no huir. Determina conservarse Virgen à despecho de

(1) Apoc. cap. 12. v. 1. (2) Apoc. cap. 12. v. 6. (3) S. Hieron. lib. adversus Vigil.

de quantos la pretendian por esposa, y para tratar del modo con que podria hacer felices sus propositos, llama un dia à consejo todos sus pensamientos. Nada les oculta de quanto meditaba, ellos la escuchan, y satisfechas las dudas, pronuncian sentencia à favor de sus deseos. Forma el animo Clara de seguir el instinto de la inspiracion, y persuadida à que debia hacer la fuga del mundo, no con rapido curso, sino con ligero vuelo, pidió, y le fueron prestadas aquellas dos alas de la Muger del Apocalipsi, para volar como ella à la soledad.

En materia de tanto peso, y cuya conduta debia ser gobernada con la mayor prudencia, no quiso mover el pie la bendita Doncella sin conferirse primero con San Francisco, cuyo nombre era su mayor alabanza en toda Italia. Pero como ni esto pudiesse hacerlo sin hacer entrar en alguna sospecha à su Padre, quien aunque no le pesaba, que fuesse virtuosa, la quisiera no obstante algo menos devota, y mas tratable; fue preciso valerse de una tia suya Señora honestissima, la qual sirviò de tercera honrada à los castos amores de su sobrina. Comunicòle Clara sus propositos, y sus deseos, y aprobandolos la virtuosissima Sra. le ofreciò facilitarle medio, para que pudiesse à su salvo tratar la materia con el famoso San Francisco. Para poderlo cumplir como lo prometió, pidió à la Madre de nuestra Santa, le permitiesse llevar à Clara consigo à acompañarla en algunos egercicios de su devocion. Con esta licencia pudo Clara desahogar libremente su corazon con el Serafico Patriarca San Francisco. Conociò este gran Maestro de los espíritus el valor de aquella joya, que la gracia iba labrando para el decoro, y la gala de la Santa Iglesia. Recibiòla con agrado suavissimo, la tratò con inocentissima caricia, la persuadiò con razones dictadas del Padre celestial, lo caduco, y perecedero de los mortales bienes. La mostrò como el mundo puesto en el capital de su mayor felicidad, nada mas es que una solemnifi-